

Training

Carlos Gomariz

TRAINING

© Carlos Gomariz Miranda
Cubierta: Pedro Viejo
www.pedroviejo.com
Ilustración interior: Clara Penrose

ISBN-9798338008799
Independently published

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin el permiso del titular del copyright.

ÍNDICE

Acerca de esta historia	7
Primera parte	
Mara	11
Damián	33
Hermanas	65
Renacer	81
Pesadillas, polaroid, guantes y pequeño Rocky	105
No tires la toalla	129
Entre la memoria y el ring	151
La zurda	161
Decisiones en el cuadrilátero de la vida	173
Segunda parte	
Transiciones de un pasado compartido	197
Devastados	217
Residuos	251
Combates crueles	279
Tercera parte	
La vida es como un entrenamiento hacia un destino incierto	295

Las cuerdas de un ring se convierten en una frontera entre el miedo y la determinación, donde cada golpe no solo duele, sino que revela quién eres en realidad. A través de la figura de Mara, una joven que encuentra en el boxeo amateur un camino para superar los retos de su vida personal, se exploran temas tan humanos como la honestidad, la amistad y la lucha por la superación. Más allá del combate físico, *Training* nos recuerda que las cicatrices más profundas son las que llevamos dentro.

La novela confronta el valor del esfuerzo personal, los rastros que deja la vida familiar, y el poder del deporte para canalizar deseos y frustraciones. Al igual que cualquier obra, algunos trazos de los personajes pueden resonar con vivencias reales, esas que inevitablemente se filtran en la creación artística.

Curiosamente, *Training* no nació como novela. Su primera forma fue la de una serie de televisión, una idea que llevó a escribir un dossier y presentarlo a productoras, pero las respuestas no llegaron. Al igual que en el boxeo, donde un golpe inesperado puede desviar nuestro camino, el destino también pilotó el rumbo de esta historia. Lejos de rendirme, encontré en la narrativa un nuevo enfoque, más profundo y transformador. Así como un boxeador se adapta a la pelea, los personajes crecieron y la historia tomó una dimensión distinta en cada página. Y fue en este espacio, no en la pantalla, donde *Training* encontró su verdadera forma, su ritmo y su fuerza.

Como autor, he transitado por caminos desde la pintura hasta la dramaturgia, siempre manteniendo la necesidad de conectar con el alma humana. *Training* es mi primera incursión en la novela, inspirada por el coraje de aquellos que, como Mara, luchan no solo contra un oponente, sino contra sus propios miedos y limitaciones. Escribí esta obra con el deseo de mostrar que, en la vida, el verdadero triunfo no siempre se mide en medallas o campeonatos, sino en el proceso de descubrir quiénes somos.

Mi experiencia en teatro me ha enseñado a buscar siempre la verdad en los personajes. En *Training*, esa verdad es cruda, directa y llena de pasión. Desde mis primeros pasos en la escena teatral madrileña hasta la publicación de mis obras, he procurado que cada proyecto resuene con la realidad de las personas. Con esta novela, quiero ofrecerte una historia de superación, pérdidas y victorias, de almas que se encuentran y descubren que la lucha más importante es la que tenemos con nosotros mismos.

¿Cuántas veces nos hemos enfrentado a luchas que son más que físicas? Te invito a entrar en el mundo de Mara y sus compañeros, a dejarte inspirar por su fuerza y determinación. Porque, al final, el verdadero valor no reside en el título que ganamos, sino en la pelea que estamos dispuestos a dar.

— *El autor*

Primera parte

El cigarrillo de Damián se consumía lentamente entre sus dedos marchitos, mientras sus ojos, más cansados que irritados, escrutaban a la mocosa que insistía en entrar.

Mara lo observaba con cierta distancia. No se atrevía a ponerle una edad. Para ella, simplemente era “el viejo”, y con eso se quedó. A Damián le irritaba escuchar frases como: “¿Qué tal, viejo?”, “Oye, viejo”, “No te enfades, viejo”, “Me caes bien, viejo” o “¡Qué viejo eres, viejo!”.

Esa primera vez que lo vio, Damián estaba en la puerta del gimnasio, fumando. Ella se preguntó si tenía pulmones para soportar aquellas caladas y, lejos de sentir empatía por su salud, el hombre le pareció patético. Lo observó encorvado, con las arrugas profundas y el poco pelo ya canoso. ¿Qué hacía aquel “viejo” custodiando la entrada? Era un lugar emblemático, donde se habían formado varios boxeadores reconocidos. ¿Por qué estaba ese hombre ahí, tan insano?

—¿Vienes a entrenar? —interrogó Damián.

—Vengo por las clases.

La miró en un silencio insultante, sin imaginar que aquella chica de diecisiete años tendría el atrevimiento de llamarle “viejo” directamente a la cara más adelante.

Con un desdén para quitársela de encima, porque lo que veía era una impertinente y poco más, dijo:

—Si quieres empezar tienes que venir a las ocho. La primera es gratuita.

No era del todo cierto. Pedro, el dueño del gimnasio, programaba clases de boxeo para principiantes a las ocho, dos días a la semana. Los martes y jueves, y ese día era miércoles.

—¿Qué hago mientras? Son las siete.

—¿Y a mí que me cuentas? ¡Date una vuelta por ahí! O mejor no vengas. No tienes cuerpo para boxear, niña.

El encuentro no fue agradable, y por eso decidió no regresar ese mismo día. No quería volver a cruzarse con él. Sin embargo, al día siguiente, algo en su interior la empujó a intentarlo de nuevo, aunque con la esperanza de que el viejo no estuviera. Llegó puntual, decidida a comenzar las clases, pero, para su sorpresa, Damián seguía ahí, como una parte más de la fachada, tosiendo con arcadas. Ese segundo encuentro, inesperado, desconcertó a ambos.

—Hola. ¿Son las clases ahora?

Apagó su cigarro en la pared con cierta arrogancia y la miró.

—¡Ya te dije que, a las ocho, niña! ¿Qué hora es?

—Las ocho —contestó ella.

—Llegas tarde.

—Pero, si son las ocho.

—¡Qué llegas tarde, niña!

Confusa, se puso rígida. No entendía su actitud.

—¿A qué esperas? —gritó—. ¡No te quedes ahí plantada! Pregunta por Pedro, él te dirá.

—Gracias, viejo.

Esa fue la primera vez que Mara llamó “viejo” a Damián como también la primera vez que él lo escuchó de su boca.

El gimnasio pedía a gritos una reforma, se caía a pedazos. No obstante, si hubieran modernizado sus instalaciones, habría perdido ese aire de lugar de culto. Las paredes habían visto mucho a lo largo de sus años y en el suelo se notaba las huellas de los boxeadores.

Pudo observar que, al menos, no era la única chica en el lugar. Eso por un lado la hizo sentirse arropada. La mayoría de quienes estaban eran chicos con demasiada testosterona y poca cabeza, o eso a ella le parecía. Lo cierto es que cada uno iba a su aire, nadie se miraba. Incómoda en ese primer recibimiento esperó a que alguien le viniera sonriendo con una cálida bienvenida, y no fue así. Se quedó paralizada y no se atrevió a preguntar por Pedro.

Se disponía a marcharse cuando apareció él por detrás. Era un hombre muy alto y corpulento de mediana edad. Llevaba el cabello rapado, intentando ocultar la calvicie. Tenía un semblante hosco y taciturno.

—¿Buscas algo?

—Es por las clases de boxeo.

—El vestuario lo tienes al final del pasillo a la derecha. Puedes cambiarte ahí y te reúnes con el grupo para el calentamiento.

Pedro llevaba muchos años en la profesión y tenía prestigio. Numerosos boxeadores profesionales habían pasado por su gimnasio. Era duro, incluso con los principiantes. Su mirada se clavaba como un aguijón para diseccionar a cada individuo. Transmitía respeto y seguridad, con un trato personal muy tosco. Parecía enfadado con todo el mundo.

Mara se preguntaba, “¿dónde me he metido?” Por supuesto que estaba en el templo del boxeo, un lugar muy reconocido entre los aficionados, sin ser acogedor. No creía que se sentiría cómoda en ese lugar. Pensó que asistiría a la primera clase y luego no regresaría.

El calentamiento con salto de cuerda le parecía una tontería. Ya quería empezar a dar golpes, y Pedro se dio cuenta. Primero hizo su mirada paseando por cada debutante como un

inquisidor, y después se centró en ella. Entendiendo que estaba siendo analizada por su entrenador, se bloqueó. No le gustaba sentirse observada y más en aquel lugar.

—¡Vamos! —exclamó Pedro—. ¡No tenemos todo el día! ¡Y tú! ¡La nueva! ¿Estás en el patio del colegio o en clases de boxeo?

Se sintió insultada; llena de orgullo, y con la mirada fija en él, comenzó a subir la intensidad.

—¿Qué estáis mirando? ¡Venga! ¡Cada uno a lo suyo!

Reunió a los debutantes en una sala contigua, la cual era diáfana y muy cómoda. Había unos ventanales que generaban amplitud, aunque al ser de noche, en un pleno comienzo otoñal, la hacía más apagada. Debía ser agradable durante el día, con la luz del sol por todos sus rincones, ampliando su extensión.

Pedro se encontraba frente a sus alumnos. Estaban distribuidos en dos filas y separados entre sí. Mara era la última de la primera fila y no quería destacar. La puerta de la sala tenía una ventana espía de cuarenta centímetros a cada lado, a través de la cual se podía distinguir el interior. Damián asomaba la cabeza y miraba sin ninguna discreción hacia la clase y luego a la joven. Ella se dio cuenta de esto y le pareció todo aún más extraño.

—¿A qué habéis venido aquí?

La pregunta quedó en el aire. Nadie se atrevió a contestar.

—¿Os habéis quedado mudos? —miró en silencio a los alumnos.

Caminando entre los seis se acercó a Mara y la miró.

—¿Y bien? ¿A qué has venido tú aquí?

—A boxear —respondió con altivez.

—¿Qué es el boxeo? —consultó en general a toda la clase alejándose de ella.

—Un deporte —contestó uno de los alumnos.

—¡Pues sí, chaval! Eso es evidente, pero la pregunta es: ¿qué creéis que es realmente el boxeo?

Los alumnos estaban nerviosos. Querían ponerse a dar golpes en vez de preguntas que no venían a cuento. Parecía que eran más para lucimiento del profesor.

—Tenéis ganas de empezar a pelear, ¿verdad? Porque el boxeo es eso, pelear. ¿Creéis que esto es una pelea sin más? Pues no. Si yo peleo con alguien es porque tengo un problema con esa persona. Si boxeo no estoy peleando, tan solo boxeo. ¿Comprendéis la diferencia? Aquí no se enseña a pelear, se aprende a boxear. Si habéis venido para luego pegaros en el barrio con otros gilipollas como vosotros, ya podéis largaros ahora mismo.

Hubo un silencio. Nadie se movió. Pedro se puso enfrente de sus alumnos para terminar con la introducción.

—Para boxear hay que aprender a dar golpes. Eso es el boxeo. Un combate donde la fuerza recae, en realidad, en su buena ejecución.

Al terminar se dio unas palmadas en la cara mirando a sus alumnos. Puso los pies en paralelo, cerró los puños y luego, despacio, estiró los brazos a la vez como golpeando hacia adelante.

—Las manos siempre en esta posición, en las mejillas. ¿De acuerdo?

El grupo empezó a estirar los brazos en paralelo desde las mejillas, tal como hacía el profesor.

—Bien, eso es. Lo primordial es que las manos siempre deben cubrir la cabeza. Recordad las mejillas —vuelve a darse en los mofletes—. Tened conciencia de eso.

Tras varios ejercicios de ejecución repetidos, se dispuso a enseñar un jab de izquierda. Para ello se colocó en posición y los alumnos le imitaron. Era fundamental la postura correcta

de las piernas y el cuerpo. Fue verificando que cada alumno lo hiciera bien.

—Eso es. Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. El movimiento viene de la cadera. Es lo que da potencia al golpe.

Mara se distrajo al echar un vistazo para ver si el viejo seguía espiando la clase. No había nadie tras la puerta, y Pedro se acercó a ella.

—¿Pasa algo?

—Perdón —se excusó y volvió a su posición.

—Repite el golpe para que te vea.

Comenzó a dar los golpes incrementando la fuerza, con la intención de sorprender al profesor. Sin embargo, hacía mal el movimiento. Al estirar, bajaba las manos de tal forma que no cubría bien la cabeza. Intentó corregirla.

—Cuando regresamos, siempre los puños a la cabeza. Es la base de nuestra defensa. ¿Y los codos? ¿Qué es lo que cubren?

—¿Las costillas?

—No querrás que al golpear te las rompan algún día, ¿no?

Se quedó mirando a la niña y luego se dirigió a la clase.

—¡Vale! Por hoy es suficiente. Practicad esto en casa y recordad que tenéis que traer todo el equipo para pasar al cuadrilátero.

En ese momento, ella pensó que tenía que comprar el resto del equipo. Tal vez podría ser su lugar a pesar del maestro borde y el viejo loco.

Cuando entró, reventada por el ejercicio, quiso cenar e irse a dormir lo antes posible. Debía levantarse temprano al día siguiente para terminar la rutina del viernes en el instituto.

Encendió la luz del pasillo y se preguntó si su madre, Fiona, había llegado. Observó que la puerta del dormitorio estaba entreabierta. Examinó dentro y se percató que dormía echada en la cama con la ropa puesta y sin arroparse. Acercándose en silencio miró su rostro con preocupación. La quitó el calzado y la arropó con una manta. Después, cogió el vaso semilleno de vino blanco que se encontraba en la mesilla de noche y se dirigió a la cocina.

Al percatarse del desastre, quiso ordenar todo. Lo primero que hizo fue dejar el vaso en el fregadero que estaba a rebosar. Había una colección de botellas apiladas alrededor de la basura destinada al vidrio. Sacó una bolsa de plástico, comenzó a meter todas las que pudo y la cerró. Luego se puso a fregar los platos y vasos que se acumulaban en la pila. Trató de mitigar el mayor ruido posible para no despertarla.

Abrió el frigorífico. No sabía qué cenar, así que optó por una opción socorrida: un verdadero sándwich de salami y un enorme vaso de leche. Se fue al salón. Allí sentada en el sillón cenó mientras consultaba su móvil. Le llegaron varias notificaciones de Instagram, fotos de gente que seguían mostrando su aparente mundo perfecto. La mayoría eran amigas con las que ya no frecuentaba y compañeros de su trabajo de fin de semana con los que trataba lo justo.

Buscó la escuela de boxeo por si tenía un perfil publicado. La primera foto que vio fue de una boxeadora, tendría al menos diez años más que ella. Se preguntó quién podría ser. No llegó a verla cuando estuvo en la tarde. Leyó uno de los hashtags al pie de la publicación. Ponía el nombre de Susi Beltrán. Pinchó para ver quien era llevándola a su perfil. Le pareció guapa. La cara era rectangular, frente larga, pómulos altos con rasgos muy marcados, color de pelo castaño y ojos negros. Los labios se dibujaban finos; bien perfilados y simétricos. Las

orejas quedaban pequeñas y poseía una nariz chata por los golpes de su carrera. Era peso wélter con una estatura de uno setenta; una chica que imponía por su físico. ¿Estaría entrenando en el gimnasio de Pedro? Sentía mucha curiosidad sobre boxeadoras profesionales. Le dio a seguir a su Instagram y pensó que era hora de eliminar perfiles que ya no le interesaban.

Luego soltó el móvil. Contempló un cuadro colgado en la pared con varias fotografías de paisajes de Dinamarca, el país donde nació su madre. Después miró la fotografía de su padre que reposaba en una estantería. Se llamaba Miguel. La imagen era como un fantasma, y nada más. Aunque pensaba que cuando estaba vivo, todo era felicidad, las resonancias del pasado resultaban confusas en cuanto a los detalles. Las imágenes de fotos y videos grabados ilustraban una infancia de risas y juegos, pero no recordaba sus arrullos; parecían no haber existido, y maldecía no poder evocarlos.

La tragedia estalló por un accidente. Los padres salieron de una fiesta en casa de unos amigos y se dirigieron al hogar de los abuelos paternos. Allí, tanto Mara, de siete años, como su hermana Clara, de doce, esperaban con sus abuelos el regreso. Fiona decidió conducir el coche, convencida de que estaba en condiciones, a pesar de haber bebido un poco. Miguel no se opuso, y la razón detrás de su silencio quedó oculta, ya que podría haber sido él quien condujera.

Cuando chocaron, la peor parte la llevó él, que iba de copiloto. Los remordimientos de Fiona, al admitir su embriaguez, no sirvieron de mucho. Los padres de su marido rompieron relaciones con Fiona, y el rencor perduró incluso después de una década.

Los pasillos del instituto eran una pasarela donde las miradas y cuchicheos podían llegar a doler. Se había corrido la

voz desde hacía tiempo. “Es la hija de la borracha”, se decía. Algunos se burlaban y otros sentían lástima. Era el tema estrella en las conversaciones de pasillo. Sobre todo, recordaban un episodio en el que se decía que había estado de bar en bar hasta acabar en un hospital por coma etílico. Eso nunca ocurrió, aunque daban por hecho que aquello pasó. Ella se evadía de los comentarios. Cumplía con la obligación de ir todos los días y sacar buenas notas. Lo cierto es que, al correrse la voz, le dieron la espalda o al menos cambió el trato. No tenía amistades y no le importaba demasiado. Toda aquella gente era descerebrada. Se transformó en una antisocial marcando más su rareza. Pero claro, tampoco era fácil abstraerse.

Ahora bien, lo que Mara no soportaba de verdad era la insistencia de Eric. Era un chico un año mayor y salieron juntos unos meses. Ella decidió que ahí acababa todo, no quería seguir con una relación que no le aportaba nada. No estaba enamorada y si no se está, ¿para qué continuar? El problema es que él no asumía su negativa.

Iba por el pasillo en dirección a la salida y Eric apareció de forma inoportuna como acostumbraba a hacer.

—¿Dónde te escondes? No se te ve el pelo —sonrió mientras se acercaba.

—Eric, tengo prisa.

—No tía, no está bien que pases de mí. Tenemos que hablar.

—Mira, ya hablamos otro día, te lo prometo, tengo que irme.

No alcanzaba a escabullirse de él y lo peor es que empezaba a perder la paciencia. Estaba cansada de las buenas formas. Había sido muy paciente con él, poniéndose en su lugar y sintiendo su frustración. Para ella todo murió y no era su

culpa que no lo entendiese. Cuando quiso avanzar más hacia la salida Fran y Raquel llegaron.

—¿Molestamos? —preguntó Raquel.

—No, no, ya me iba.

Se fue directa a la salida. Las miradas se clavaron otra vez. Eric la observó perdiendo la oportunidad de buscar la reconciliación.

—Es rara está tía —dijo Fran.

—No es rara; tiene problemas en casa, por eso se comporta así.

—Con una madre borracha no me extraña que la hija se haya vuelto loca.

El comentario de Fran no gustó a Eric.

—¿Qué quieres decir con eso?

Raquel intervino y se calmó el asunto. Eric se fue y el resto del grupo se quedó en el pasillo.

Fiona tenía una resaca espantosa. Era incapaz de comer; tan solo fumaba, mirando hacia otro lado e ignorando el plato de macarrones al pesto.

—¿No tienes hambre? —preguntó Mara preocupada.

—Me duele la cabeza —contestó con su acento danés que aún se notaba a pesar de llevar años viviendo en España.

La hija no dijo nada y se limitó a seguir comiendo. Al poco, como si hubiera salido de un trance, apagó el cigarrillo en el cenicero. Después, señaló que Clara había llamado adelantando que acababa de ingresar el dinero en la cuenta familiar.

—¿Va a venir a visitarnos alguna vez?

—Está ocupada, ya lo sabes.

—Siempre está ocupada —refunfuñó.

Para Mara, su hermana Clara se convirtió en una desconocida. Hacía más de dos años que no aparecía por allí, ni

siquiera en Navidades. Era cinco años mayor; su referente natural, quien la protegía en el colegio cuando eran niñas. Pero con el tiempo se había convertido en un sujeto que tan solo enviaba dinero y poco más. Eso la enfurecía bastante.

Vivía en matrimonio con Marc en Vevey, capital del distrito de Riviera—Pays—d'Enhaut en Suiza. Era un hombre nacionalizado francés que le doblaba la edad. Ocupaba un puesto destacable en una multinacional de alimentos y bebidas con sede en la misma ciudad. Su salario les permitía disfrutar en un estatus social acomodado. Clara, en cambio, trabajaba para una empresa de limpieza. Coordinaba los equipos de trabajo de las trabajadoras. La mayoría eran inmigrantes como ella. Se encontraban muchas españolas, portuguesas y mujeres de otros países del este de Europa. Casada muy joven con él, en su momento, Fiona no vio con agrado aquel matrimonio y que se fuera a vivir a otro país. Mara siempre lo entendió como una huida del hogar. No estaba muy convencida de que su hermana estuviera enamorada de verdad.

Enviaba dinero para ayudarlas y para la futura carrera universitaria de Mara. Fiona y Clara habían pactado que tuviera unos buenos estudios. Sin esa ayuda, la pensión de viudedad no sería suficiente para mantenerlas y mucho menos poder ahorrar para pagar una buena universidad. ¿Y quién costeara los antojos que cualquier chica podría tener? ¿Y las clases de boxeo? Todo lo que llegaba al hogar era administrado por Fiona y siempre hablaba de otra cuenta bancaria para sus futuros saberes. La joven no estaba tan convencida de que eso sucediera así. El alcoholismo que sufría la madre tenía que hacer estragos en la débil economía familiar. Desde que cumplió la edad legal para trabajar, compaginó el instituto con su empleo, desconfiando de que hubiera ahorros para esa licenciatura promisoriosa. Pensaba que no existía tal cuenta de haberes, que lo que entraba

en casa era para cubrir comida, facturas y alcohol. Sin embargo, callaba, no deseaba discusiones. Decidió ganarse su dinero, destinando lo poco que cobraba a caprichos que consideraba merecidos y a su nueva pasión deportiva. Cuando entró en su primer empleo necesitaba la firma de su madre al ser menor. En un principio, Fiona quería que lo ganado fuera para su carrera y Mara se opuso. Al final la madre aceptó con la condición de que no le pidiera nada para caprichos.

—Limpié la cocina —dijo Mara, esperando una explicación sobre lo ocurrido anoche.

—Estaba cansada y me eché un rato. Perdona si no pude limpiar. ¿Cenaste?

—La cocina estaba asquerosa y llena de botellas —replicó.

—¿Qué vas a hacer esta tarde?

Comprendió que no obtendría ninguna explicación de lo sucedido. Sabía que su madre nunca admitiría haber pasado el día bebiendo en casa, ni que caminaba tambaleándose, tropezando con los muebles para evitar caer. No se atrevía a corregirla ni a decir: “No me cambies de tema, mamá” o “Tienes que dejar de beber.”

—¿Me estás escuchando? Te acabo de preguntar, ¿qué vas a hacer esta tarde? —insistió Fiona.

—Cosas.

—Cosas —repitió la madre en el mismo tono—. Ya veo; espero que esas “cosas” no hagan que se te olvide que tienes que estudiar.

Le importaba poco los estudios en ese momento. Se preguntaba si valdría la pena todo el esfuerzo para obtener una excelente nota en la selectividad y así poder optar a una buena carrera que le solucionara la vida. ¿Acaso un título universitario le proporcionaría todas las comodidades del mundo y un

futuro laboral prometedor? Era posible, aunque también se cuestionaba lo más elemental. Había escuchado que muchos jóvenes universitarios trabajaban en empleos de baja cualificación, mientras que otros se veían obligados a marcharse para encontrar un trabajo en su campo. Con el alto índice de desempleo juvenil, la desesperanza entre los jóvenes era generalizada.

En el centro comercial del barrio había una tienda de ropa y accesorios deportivos muy popular, que siempre estaba llena de gente, especialmente al inicio del fin de semana. A ella le molestaba la multitud, pero necesitaba encontrar toda la equipación que buscaba y solo conocía ese lugar. Mientras recorría las plantas y pasillos, se sentía desorientada. El mapa le indicaba que estaba en la segunda planta, pero no lograba ubicarse y terminó dando vueltas, perdiéndose en los rincones.

Dentro de la tienda, buscó la sección de pugilismo. Para ir con más tranquilidad, preguntó a una dependienta, quien le indicó que siguiera el pasillo central, que no tenía pérdida. Mara siguió las indicaciones y pronto encontró unas fotos publicitarias de marcas deportivas de boxeo. En la pared del fondo vio a una boxeadora que reconoció al instante. Era Susi, pero el retoque fotográfico le resultaba excesivo. Aunque la identificaba, no era la misma, le faltaba esa naturalidad que había visto en las imágenes la noche anterior.

Comenzó a comparar precios, modelos y marcas, enfocándose más en lo que podía permitirse que en el diseño o reputación de los productos. Con un presupuesto limitado, no le quedaba más remedio que hacer cálculos mentales, algo que nunca había sido su fuerte. Se detuvo primero en los guantes de boxeo. Los rojos, además de asequibles, le parecieron una buena elección. Compraba sin mucha idea sobre la calidad del material y, para evitarse incomodidades, prefirió no pedir

consejo. No quería exponerse a que alguien más experimentado le diera una lección sobre cómo hacer la elección perfecta. El rojo le gustaba: bonito, aparentemente resistente y barato.

Luego pasó a los pantalones, donde sabía que no podía equivocarse con la talla. Recorrió perchas y más perchas, explorando un sinfín de combinaciones de colores y medidas, mientras la confusión iba en aumento. Finalmente, escogió unos negros con un diseño de serpiente gris que cruzaba la tela.

Al ir a pagar, la cola le pareció interminable. Llevaba todo lo necesario, incluido el casco de protección y el protector de pecho. Mientras esperaba, se arrepintió de no haber cogido un cesto para los artículos desde el principio. Ya era demasiado tarde para cambiar eso sin perder su lugar en la fila.

En la caja, puso todo en la cinta transportadora. Una cajera muy risueña escaneó cada artículo.

—Doscientos treinta y cinco con noventa y tres euros. ¿Vas a pagar con tarjeta o en efectivo? —preguntó la cajera.

¿Cómo era posible? Había verificado los precios y el total debería ser menor.

—¿Está segura de que es ese el precio? —preguntó, inquieta.

La cara de la cajera se tornó seria.

—Es lo que marca. ¿Lo compras o no?

—Verás... me falta dinero.

—Entonces tendrás que dejar algo —resolvió la cajera.

Nerviosa, se sintió observada por todos. Sin pensar mucho, dejó el protector de pecho. Lo compraría cuando recibiera el próximo salario.

El restaurante de comida rápida donde trabajaba era odioso, no por el trabajo en sí, sino por el encargado. Era un hombre inaguantable: puntilloso e intolerante con los pequeños

errores de cualquier trabajador. Todo tenía que ser perfecto y un tropiezo era motivo de bronca segura. Para él, quienes trabajaban eran simples máquinas de producción.

A pesar de todo, no pensaba dejar el trabajo. Su contrato era indefinido, aunque estaba en los dos meses de prueba, llevaba un mes y todo iba bien. Lo más fundamental era la puntualidad y las medidas de higiene. Seguía el protocolo de sanidad al pie de la letra, ajustándose con detalle a las normativas. Preparar carne prefabricada entre dos panes, con una hoja de lechuga, un trozo de tomate y salsa no era emocionante, pero la distracción de no pensar en sus problemas tenía sus ventajas. Aunque entendía que ese trabajo no sería para toda la vida, aspiraba a más, solo había que esperar las oportunidades.

Lo que peor llevaba era despachar a la clientela. El contacto humano no era una de sus mejores cualidades; ya de por sí, tenía dificultades de sociabilidad. Atender a la gente la ponía nerviosa y a la defensiva. El encargado notó esto y prefirió asignarle tareas como servir en la cocina, limpiar o hacer el inventario; en el fondo, eran más pesadas.

No había hecho mucha amistad con los compañeros. Todos iban a lo suyo. Sin saber cómo ni por qué, comentó que estaba en clases de boxeo, esperando despertar algún interés. En lugar de eso, la invadieron con preguntas entre el asombro y las risas.

—No tienes cuerpo para boxear —opinó una compañera.

—¿Por qué? —respondió Mara con rabia.

—Estás flaca.

Aquella frase le recordó a Damián. Ella confiaba en su capacidad para boxear y estaba convencida que, siendo un deporte accesible para todos, no era necesario tener un cuerpo grande o músculos marcados. El entrenamiento daría sus frutos, y no le parecía justo aquel comentario. Con su metro

setenta y dos de altura y sesenta y dos kilos, sabía que estaba en su peso ideal.

—Trabajando puedo ganar más masa muscular.

—Se te pondrá la nariz chata —bromeó otro compañero.

—Me da igual.

—El boxeo no es para chicas —añadió alguien con sorna.

—¿Tú qué sabes?

—¿Y todo esto es para pegarte por ahí? —preguntó otro.

—No me voy a pegar con nadie, solo quiero aprender a boxear —respondió, cansada del interrogatorio.

—El boxeo es una pelea, ¿no?

—No lo entendéis —dijo, zanjando el tema.

—Cuando estés en una competición, avísanos.

¿Competir? Ni siquiera lo consideró cuando empezó en el gimnasio. Solo la atraída el boxeo y dejó que su intuición la guiara hasta Pedro, quien le enseñó a hacer un gancho de izquierda. Competir no era su intención; solo quería aprender.

Terminó su turno y decidió aprovechar parte de la tarde para ver algo en televisión. En casa, habían contratado una plataforma de streaming que le permitía ver cualquier serie o película que quisiera. Estaba motivada y anhelaba llegar para tumbarse en el sillón y coger el mando a distancia.

Mientras muchos de su edad estarían preparando una noche de juerga, a ella no le interesaba. Cogió su bicicleta y se dirigió por la avenida principal hacia su barrio. No estaba muy lejos, a unos diez minutos. Era una buena ciclista urbana y manejaba bien el vehículo incluso en una circulación densa. Lamentaba que la ciudad aún no tuviera suficientes carriles bici.

Al llegar al barrio, lo primero que veía era una de las torres donde estaba su casa. Esa torre estaba acompañada por tres hermanas gemelas que anunciaban la entrada al

extrarradio. La frontera más significativa era el pequeño río que separaba los barrios obreros del sur de los primeros barrios populares alrededor del centro histórico.

El edificio de doce plantas, le ofrecía una vista impresionante desde el octavo piso, donde residía. Desde allí, podía contemplar toda la ciudad y, a lo lejos, la cordillera montañosa, que vigilaba para que la gran urbe no se viera envuelta en su tradicional boina de contaminación ni creciera en exceso. A menudo se quedaba en la terraza por la noche, escuchando los sonidos característicos de la metrópoli: las sirenas, el murmullo de los bares abiertos, los coches que pasaban, las risas o llantos, el amor o las peleas. Era como una música que emanaba de la ciudad viva, con las montañas de fondo como testigos de su historia.

Dejó la bicicleta en el trastero y subió en el ascensor hasta su piso. Al entrar, encontró a su madre viendo la televisión con una copa de vino blanco en la mano. Mara se acercó despacio, observándola.

—¿Dónde has estado toda la tarde? —preguntó Fiona.

—Trabajando.

—¡Es verdad! ¡Hoy es sábado! No sé en qué día vivo; perdona, hija. ¿Cómo te ha ido?

—Como siempre.

—Me alegro —respondió antes de dar un sorbo a su bebida—. ¿Quieres que veamos alguna serie? Podemos pedir unas pizzas. ¿Qué te parece?

¿Cómo pudo cometer aquel error? Debería haber dejado el casco y los guantes, ya que la escuela podía prestárselos. Pero el protector de pecho era otro asunto. Pedro le había impedido comenzar las prácticas de combate y eso frustró sus deseos.

—Si no tienes el protector de pecho, no puedes —le dijo muy serio—, lo siento.

No pudo ocultar su desilusión y lo miró suplicando un cambio de idea.

—No te preocupes tanto. Puedes seguir trabajando con otros ejercicios tú sola hasta que lo traigas.

No era lo mismo, sin embargo. No le quedaba más remedio. Lo peor era que hasta finales de mes no le llegaría el dinero para comprarse uno. Si quería empezar con las prácticas, tendría que pedir prestado a su madre.

Estando sola en casa y viendo un documental de boxeo, Fiona entró con bolsas de la compra. Llevaba unos días sin beber, venía sudorosa, irritable y con dolor de cabeza. No podía con el peso de la compra y gritó para que viniera a ayudarla.

Mara estaba absorta con el documental. No reaccionó hasta que un nuevo grito de su madre la sacó de su ensimismamiento, y fue a ayudarla.

Dejó las bolsas en la cocina, mientras Fiona se dirigió al sillón del salón. Encendió su cigarrillo y se tumbó, colocando el cenicero entre sus piernas.

Tras ordenar toda la compra, Mara entró al salón y la vio con la mano temblorosa y la mirada perdida.

—¿Has colocado todo? —preguntó Fiona.

—¿Te encuentras bien, mamá?

—Estoy nerviosa, nada más; ya se me pasará. ¿Qué veías? ¿Boxeo? No entiendo esa locura que te ha dado ahora.

—No puedo boxear.

—¿Y eso? Has pagado las clases, ¿no? Que te devuelvan el dinero si no te dejan.

—No es eso; es que para entrar en el ring necesito un protector de pecho. Si no lo llevo, el profesor no me deja hacer un combate con mis compañeros.

—Mejor, así no te rompen la cabeza.

—Necesito un protector.

—¿Un protector? —preguntó, sin entender de qué se trataba.

—Ya te lo he dicho. Es un protector para el pecho. Sin él no me dejan boxear.

—¿El pecho? No entiendo.

No estaba prestando atención a su hija y la cefalea se hacía más fuerte. Apuró el cigarrillo y se levantó del sillón.

—Me voy a la habitación.

—Es para poder boxear —suplicó Mara.

—Mira, Mara, no tengo la cabeza para tus cosas.

Estaba a punto de romper; solo le faltaba un empujón para gritar, para que alguien comprendiera lo que tanto le angustiaba. Un problema que, a ojos de muchos, no parecía significativo, pero para ella era todo un mundo.

—No tengo pasta para comprar uno.

—¿Ya te has gastado toda tu paga? Aprende a administrarte mejor. Si no, te esperas a cobrar a final de mes y te lo compras. Recuerda el trato: acepté que trabajases para costearte tus caprichos y me pareció bien, pero del dinero de tu hermana y el mío no vas a ver nada. ¿Te has enterado? Me voy a echar un rato.

Y quedó zanjado, mientras Mara la miraba, sintiendo que la rabia acumulada se transformaba en algo que solo el boxeo podía liberar. No era más que una borracha que nunca se había preocupado por ella desde la muerte de su padre, cuando todo se tambaleó. El gimnasio fue su refugio. Allí, donde podía

golpear el saco con toda su rabia, las palabras de su madre se desvanecían.

—Así no; golpes más suaves, rápidos y directos, y sube esas manos —le indicó Pedro. Mara se detuvo y miró a su profesor.

—Hay que golpear fuerte, ¿no?

—He dicho que golpes más suaves, rápidos y directos. ¡Venga!

Al principio hizo caso. Comenzó con esos golpes suaves, rápidos y directos que le ordenaron, pero luego se dejó llevar por la furia. Pedro no tardó en regresar, esta vez enfadado.

—¿Otra vez? ¡Me importa una mierda tus jadeos! ¡A nadie de aquí le importa! ¡Y debes aprender a cubrirte bien! ¡Sube esos malditos puños!

Mientras la regañaba, Damián la observaba con su descaro habitual, como si fuera una diversión para él. Eso ya le resultaba cansino y la ponía nerviosa. Cuando Pedro se fue, él se acercó.

—¿No tienes nada que hacer por ahí? —le preguntó con mala intención.

—Soy viejo para “hacer” cosas. Tan solo miro.

—No me gusta que me miren.

—Me importa poco lo que te guste o no —contestó con firmeza.

El viejo se acercó más, mientras ella golpeaba su saco que parecía que se podía romper en cualquier momento.

—Te ha castigado por no tener todo el material —sentenció.

—Eso no es asunto tuyo, viejo.

—Sigues llegando tarde.

No se detuvo y siguió dando golpes al saco, mientras respondía sin mirar:

—¿Qué dices? Llego a la hora.

—Es a las ocho cuando tienes que estar calentando, no entrando por la puerta. Si no te lo dice él, te lo digo yo, ¿entiendes? —comenzó a toser como acostumbraba y ella se detuvo.

—Cuidado con el tabaco, viejo —advirtió con mala uva.

—Métete en tus putos asuntos. ¿Ya te has cansado de golpear, niña?

Volvió al saco. Él se fue tosiendo, y Pedro, que estuvo pendiente de todo y sabía del estado de su salud, se acercó al viejo preocupado.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. ¿Has visto? Tiene muy buena pegada.

—No es para tanto.

—¿Estás ciego o qué?

—No te hagas ilusiones. Empiezan así y luego se cansan.